

# Medio ambiente, grupos sociales y conocimiento local en la dehesa. Un caso de estudio en la Sierra Morena extremeña (\*)

RUFINO ACOSTA NARANJO (\*\*)

## 1. METODOLOGÍA Y ÁREA DE ESTUDIO

Dentro del campo de la Antropología ecológica, y partiendo del enfoque de la Agroecología, se lleva a cabo un estudio del agroecosistema de dehesa con una metodología cualitativa y eminentemente etnográfica, que utiliza como técnicas centrales la entrevista abierta semidirectiva y la observación interactuante. Se trata de un estudio de caso centrado en un área conformada por las tres localidades, intentando con ello ponderar las diferencias que se dan entre zonas de pequeña y de gran propiedad y de mayor y menor pendiente. La indagación tiene como base fundamental el método etnográfico, y se lleva así a cabo la inmersión del investigador en el objeto de estudio, elaborando información primaria y captando la perspectiva de los actores sociales sobre los procesos que tienen lugar y de los que son protagonistas. La investigación tiene una dimensión diacrónica, al caracterizarse el modelo de dehesa en los años cincuenta y noventa del pasado siglo, para analizar los procesos que han operado y operan en ella, su naturaleza y consecuencias. Más específicamente, se trata de analizar el proceso de subsunción de las formas campesinas de apropiación de la naturaleza por el nuevo modo de producción. Se fija en los años cincuenta el modelo de la dehesa tradicional, pues el gran cambio se dio en la zona ya a principios de los sesenta, cuando tuvo lugar la fase prin-

---

(\*) Agradezco a Pablo Campos, Félix Talego, Juan Oliver Sánchez Fernández y a dos evaluadores anónimos la lectura crítica de una primera versión de este artículo.

(\*\*) Departamento de Antropología Social. Universidad de Sevilla.

cial del proceso de modernización en España y la quiebra de la agricultura tradicional, con una gran importancia de la emigración.

Se tomaron como referencia primera seis fincas de distinto tamaño (las de menor superficie por debajo de las 40 ha, las siguientes de alrededor de 150 ha y las mayores sobrepasando las 500 ha), unas en zona llana y otras de pendiente. No obstante, el modelo general de la dehesa se extractó a partir de la observación interactuante y de entrevistas a 82 propietarios y trabajadores de diversas fincas sobre procesos de trabajo específicos. Se hizo una ficha de explotaciones con aspectos relevantes de sus usos productivos y la mano de obra.

La zona de estudio se ubica en Pallarés, Santa María de Navas y Puebla del Maestre, en la Sierra Morena extremeña, tratándose de una montaña media, de relieves por lo general alomados, sobre suelos pobres, fundamentalmente entisoles e inceptisoles, o tierras pardas meridionales, según la clasificación de que hablemos. Son suelos ácidos, de escaso desarrollo, de arenosos a franco-arenosos, pobres en materia orgánica y con escasa capacidad de retención de agua. Las dehesas las conforman abrumadoramente formaciones de encinas, salvo en la parte sur, próxima a Santa María de Navas, de mayor pendiente y lindera con la provincia de Sevilla, donde hay formaciones mixtas de encinas y alcornoques y, en menor medida, quejigos. Tras la dehesa, el olivar es el uso productivo de mayor representación territorial, siendo más inusuales las tierras calmas, situadas sobre todo en los alrededores de los pueblos.

Salvo en el caso de puebla del Maestre, donde es predominante la pequeña y mediana propiedad, en el resto la mayor parte de la superficie está ocupada por fincas mayores de 100 ha.

#### Cuadro 1

##### PORCENTAJE DE LA SUPERFICIE OCUPADA POR LAS EXPLOTACIONES SEGÚN SU TAMAÑO (1)

	0<ha<20	20<ha<100	100<ha<500	ha>500
Monesterio	7,76	18,21	33,45	40,58
Montemolín	14,60	14,19	35,40	35,82
<b>P. del Maestre</b>	24,45	32,94	35,22	7,39

Fuente: Elaboración propia a partir del INE. Primer Censo Agrario de España. 1961.

(1) Se incluyen en esta tabla los datos de Montemolín por ser el municipio al que pertenecen Pallares y Santa María de Navas, teniendo en cuenta que en el núcleo del municipio, el pueblo de Montemolín, hay mayor presencia de las pequeñas explotaciones que en las aldeas de Pallares y Santa María. Igualmente aparecen los datos de Monesterio porque Santa María de Navas es una isla del municipio de Montemolín dentro del término municipal de Monesterio y bastantes fincas del entorno de Pallares pertenecen igualmente a ese término.

La población es de 489 habitantes en Pallares, 251 en Santa María y 938 en Puebla del Maestre, siendo elevadas las tasas de paro, con un 47,68% en el municipio de Montemolín y un 21,40 % en Puebla del Maestre (INE, 2004).

## 2. LA DEHESA TRADICIONAL

En su modelo tradicional, el que estuvo vigente hasta los años cincuenta de la pasada centuria, la dehesa era un agroecosistema basado en el uso múltiple del territorio que articulaba los aprovechamientos agrícolas, ganaderos y forestales, sacando partido de la complementariedad entre ellos y de un manejo adaptado a las condiciones de cada espacio (Acosta, 2000 y 2002). Las numerosas y precisas labores que todos estos aprovechamientos requerían eran llevadas a cabo en las fincas pequeñas por la mano de obra de la familia campesina, además de ayudas adicionales cuando era el caso. En las grandes fincas, una gran cantidad de empleados, fijos y eventuales, con ocupaciones muy diversas y complementarias hacía funcionar todo el sistema para adaptar el manejo a las condiciones del medio, obteniéndose a la vez rentabilidad merced a los bajos salarios.

Desde el punto de vista ambiental, la dehesa era una solución de compromiso entre producción y conservación. Mediante la diversidad y complementariedad de usos se conseguía extraer unas cantidades discretas, pero constantes, de recursos de un medio con serias limitaciones edafoclimáticas. La base del funcionamiento del agroecosistema era la gestión de los entramados de la diversidad. Ésta tenía varias dimensiones: diversidad de usos productivos, agrícola, ganadero y forestal; diversidad de especies animales y vegetales, estas últimas con distinta distribución vertical y horizontal, con distintas parcelas y estratos (herbáceo, arbóreo y arbustivo, con diversos grados de madurez); y diversidad de unidades ambientales, climas locales y microclimas con distinto valor estratégico y formas concretas de manejo y aprovechamiento, conectados en gran parte a través de un elemento móvil crucial que era el ganado, conducido y custodiado minuciosamente. Además, la dehesa se articulaba con otros espacios productivos locales de olivares, viñas, tierras calmas o huertas, y la sierra se complementaba con la penillanura de más al norte, como un solo geosistema compuesto por distintas geofacies (Ojeda, 1987: 291) en un tipo de estructura territorial local y comarcal caracterizada por la mosaicidad, como puede comprobarse en la investigación que realizamos sobre los agroecosistemas de la comarca de Tentudía en los años cincuenta (Acosta, Díaz y Amaya, 2001).

La dehesa tradicional presentaba altos niveles de autonomía energética, reinvertiendo en sí misma una parte importante de la energía producida. Los materiales empleados en los procesos productivos eran renovables y la energía procedía de la fuerza de trabajo humana, animal y del sol.

Pero los problemas ambientales no estaban ausentes, pues también generaban degradación el cultivo, que podía ser un problema en algún caso para la renovación del arbolado, el laboreo en pendiente y los cultivos extensivos con largos periodos de desprotección del suelo, algunas podas abusivas para el carboneo y las plagas de lagarta (*Lymantria dispar* y *Tortrix viridiana*), unas orugas cuya fumigación con productos químicos atentaba, sobre todo, contra la avifauna.

Además, el andamiaje del sistema agrario de los años cincuenta se asentaba sobre un bajo consumo endosomático y exosomático de los trabajadores y los campesinos. La cuestión social era el principal problema de la dehesa tradicional. La autonomía energética y productiva, la conservación y reproducción de los recursos naturales en un contexto eminentemente latifundista, eran posibles gracias a la existencia de una enorme masa de trabajadores que a duras penas se mantenía con unos sueldos miserables, unas largas jornadas de trabajo y, en el caso de los jornaleros, atravesando enormes períodos de paro. En definitiva, la presión sobre la fuerza de trabajo garantizaba, con unas técnicas sencillas, la realización de las labores necesarias para la conservación y reproducción de los recursos en las grandes fincas.

De todas formas, en nuestro caso no se puede establecer una aseveración tajante respecto a la sostenibilidad, dada la falta de un estudio en profundidad sobre los indicadores de sostenibilidad, sobre todo a largo plazo. Hay que tener en cuenta que el modelo de dehesa que hemos estudiado en los años cincuenta era relativamente reciente, remontándose quizás al siglo XIX, no pudiéndose ponderar cabalmente en tan corto tiempo histórico sus efectos (Montero *et al.*, 1988). No obstante, tendemos a pensar que básicamente era un sistema sostenible en el contexto de esa lógica ecológica campesina del manejo del medio. Dicha lógica se mantenía incluso en los latifundios que, contra lo que se sostenía no hace mucho, eran explotaciones capitalistas, no una reminiscencia feudal, en las que se producían mercancías y existían relaciones de producción capitalistas. La dehesa de los años cincuenta estaba plenamente inserta en el sistema económico nacional. Aunque la mayoría de los factores de producción de las explotaciones se consiguieran en las mismas fincas o en la zona, gran parte de la producción era para el mercado, y en algunos

casos, como el del trigo, la venta al Estado fue forzosa durante bastante tiempo. Todo ello se explica al no haber cambiado aún las bases técnicas de la forma de explotación de los recursos, existiendo una subsunción formal al nuevo modo de producción (González de Molina y Sevilla, 1993; Acosta, 2000).

### 3. LA GRAN TRANSFORMACIÓN

De sobra son conocidas las consecuencias que para el medio rural español tuvo el llamado proceso de modernización, por lo que no vamos a abundar en ellas para nuestro caso, sino que sólo señalaremos sucintamente algunas. Nos encontramos con emigración, reducción de mano de obra en las explotaciones y sustitución por medios de producción mecánicos e infraestructuras diversas, siendo en muchos casos un solo trabajador o el propietario la única fuerza de trabajo permanente. El abandono en gran parte de las labores agrícolas es un hecho en la dehesa. Se ha producido una separación entre agricultura y ganadería y, en general, una movilización separada de los recursos. Desde el punto de vista territorial, ha habido una especialización funcional de la zona en la ganadería, dentro de la división internacional, nacional y regional del trabajo y de la producción. Con ello los centros de decisión se han desplazado cada vez más lejos de las fincas, y los ganaderos, incluso los grandes propietarios, ya no son los agentes centrales de la economía agraria.

Hoy en día se constata en las grandes fincas de dehesa fenómenos económicos que apuntan a la sustitución del valor productivo de las mismas por otro tipo de valores, como el de refugio, cuestiones relativas a la fiscalidad, blanqueo de dinero, aumento del capital territorial o, en algunos casos, el prestigio y la ostentación social, el aumento de capital simbólico. Pablo Campos acoge bajo el concepto de autoconsumo ambiental de los propietarios servicios disfrutados por los dueños de fincas, tales como los recreativos, de reconocimiento social, voluntad por conservar el legado familiar e interés por contribuir a la conservación de la naturaleza, y según este autor serían la causa principal de las continuadas subidas de precio de la hectárea de dehesa (Campos et al, 2001).

Las subvenciones han devenido uno de los principales pilares de la economía de las fincas, y cumplen varias funciones a la vez. Por una parte, son un complemento imprescindible para apuntalar a muchas explotaciones que sin ellas no podrían sobrevivir. Esta plusvalía social que se inyecta a la economía agraria tiene una finalidad social en tanto que permite fijar población en el medio rural y garantizar la

continuidad de pequeñas y medianas explotaciones, aun cuando sea también una manera de asegurar importantes beneficios a grandes propietarios, la mayoría de los cuales no reside en la zona. A su vez, intentan ocultar el fracaso del actual modelo de agricultura, aseguran a la agroindustria el suministro de materias primas a precios bajos y un mercado para los productos industriales.

En cuanto a la mano de obra asalariada, el mercado laboral agrario, en general, también ha sufrido modificaciones acordes con las formas de gestión de la fuerza de trabajo que se dan en la industria en la fase posfordista, cuales son la segmentación territorial y económica, la especialización de un reducido grupo de trabajadores y la existencia de una gran cantidad de fuerza de trabajo simple, sin especialización (Alonso y Conde, 1994; Gavira, 1993). Así, el número de trabajadores fijos se ha reducido drásticamente, quedando en la mayoría de los casos un obrero-empleado en cada finca. La situación económica y las condiciones de vida de estos empleados han mejorado notablemente. Su papel en las fincas también ha sido cada vez más importante, ampliando su cualificación y responsabilidades, adquiriendo funciones múltiples y reforzándose su posición ante los propietarios, existiendo con éstos algunos conflictos acerca de las decisiones en la gestión de las explotaciones. Se ha abierto una gran brecha entre los obreros fijos y la gran masa de jornaleros en paro la mayor parte del año, cada vez más descualificada y separada de los procesos productivos, que está perdiendo su relación vital con el medio a través de los procesos de trabajo. El trabajo como valor central de su cultura está siendo desplazado. Los subsidios de desempleo y las peonadas que ofrece la Administración a través de las obras del Plan de Empleo Rural (PER) (2) son una de las bases principales de la economía de este colectivo, y todo ello tiene una influencia negativa en la cultura del trabajo y en los valores de los trabajadores.

La crisis de la dehesa atacó con vehemencia a los pequeños y medianos propietarios. Algunos de ellos y bastantes de sus hijos emigraron o se convirtieron en asalariados y el colectivo decreció en número notablemente. La familia dejó de ser unidad de producción y consumo, trabajando en ella normalmente un solo miembro. Las mujeres fueron expulsadas del campo. Hoy en día el envejecimiento del grupo de pequeños y medianos propietarios es notable, como enormes son también las dificultades para el renuevo generacional.

---

(2) Aunque la denominación del sistema de prestaciones para desempleados ha sufrido cambios, denominándose actualmente AEPSA, tanto en sus condiciones y prestaciones como en la denominación, en gran medida se sigue conociendo en la zona como el PER.

Ahora bien, en Puebla del Maestre se detectan casos de nuevos ganaderos, debido a la existencia de pequeñas propiedades a las que pueden acceder y de una cultura campesina y una valoración del trabajo por cuenta propia en el campo que se explica por la peculiar estructura social agraria de este pueblo.

#### 4. EL MEDIO AMBIENTE EN LA DEHESA ACTUAL

Sobre este aspecto, sobre los problemas ecológicos, es abundante la literatura existente (Hernández, 1988; Montero *et al*, 1988; Pérez, 1988; Porras *et al*, 1997; San Miguel, 1994; Valle, 1997). Este hecho, además de la falta de un estudio en profundidad que evalúe el estado de los recursos en la zona, hace que no nos detengamos en la ponderación de esta cuestión, sino para señalar que a partir del amplio conocimiento que tenemos del territorio podemos indicar que se puede constatar en nuestra zona procesos parecidos a bastantes de los que la literatura prueba. Así vemos cómo en muchas fincas aparecen cargas ganaderas elevadas, se da una dejación en las podas de la arboleda y aparecen podas abusivas. Determinadas áreas se ven invadidas por el matorral, mientras que en las zonas más llanas, por el cultivo y la mayor presencia de animales, no hay renuevo y se fosiliza la dehesa. El enorme retroceso de la agricultura y la progresión del matorral redundan en la menor producción del pastizal, y el abandono del redileo hace retroceder los pastos más productivos, los majadales. La dejación de labores de poda y la invasión del matorral reducen también la producción de bellota. Las razas autóctonas están en retroceso al igual que las variedades cultivadas locales, casi desaparecidas por la regresión del cultivo y por sustitución por gremoplasma foráneo. En algunas fincas o partes de fincas podemos encontrar procesos de erosión por sobrecarga ganadera u ocasionalmente por desmontes en laderas. Con menor frecuencia la erosión podría ser atribuida al laboreo, ya que ha retrocedido, mientras que más habitual es el efecto de protección por ausencia de cultivo y proliferación del matorral.

Una cuestión bien probada es la pérdida de la antigua adaptación de las distintas especies a condiciones particulares, por ejemplo la cabra al monte, la vaca a las riberas, los equinos al aprovechamiento de yerbas que no comen otros animales, etc. La inadecuación de las parideras a los ciclos biológicos de producción de la hierba es también un hecho relevante. Ahora los criterios que guían la presencia de algunos animales, no de todos desde luego, tienen que ver, por ejemplo, con la mayor o menor necesidad de mano de obra, la can-

tividad de dinero que se recibe por subvenciones o la situación del mercado, no con la eficiencia en el aprovechamiento de recursos específicos y su adaptación a ciertos terrenos.

El paso del modelo de dehesa tradicional al actual ha supuesto cambios drásticos que han afectado a la diversidad, la complementariedad, la renovabilidad de los recursos y la autonomía energética del agroecosistema. La diversidad ha disminuido, aunque con matices. En primer lugar, la diversidad que antes había en el interior de la dehesa y dentro de la zona de estudio y sus distintos agroecosistemas o unidades de paisaje se ha reducido bastante. Son menores los hábitats diferenciados y, además, la complementariedad entre espacios, bien por simplificación y reducción de su número o por su falta de articulación, ha decrecido notablemente. Las geofacies existentes no se articulan en un mismo geosistema o no lo hacen de manera tan intensa como antes. El ganado como elemento de conexión entre distintos espacios productivos no tiene la virtualidad de antaño, ya que no se le conduce a aprovechar recursos estratégicos y distantes entre sí. Se ha roto, por ejemplo, la articulación con los olivares y los agostaderos de las campiñas de la penillanura extremeña a los que iban las ovejas en verano. Ya no existen huertas o viñas que ofrezcan algunos productos o subproductos.

Es evidente la disminución en las dehesas de la diversidad temporal, intra e interanual, pues debido a la dejación de muchas labores, sobre todo las agrícolas con el abandono de los cultivos y las rotaciones, el paisaje no varía mucho de un año a otro, y su diversidad estacional es menor también. Lo mismo puede decirse de la arboleda en cuanto a la dejadez de las podas, pues ya no se realizan cada cinco años y acompasadas con los ciclos del cultivo, que como venimos diciendo ha desaparecido casi por completo en muchas fincas.

Desde el punto de vista de la diversidad espacial, se ha acabado en parte con la mosaicidad que caracterizaba a la dehesa tradicional. Al desaparecer la rotación de cultivos en distintas hojas, el paisaje es hoy más uniforme. Las principales diferencias se dan entre las zonas de pastizal y aquellas donde prolifera el matorral, que ahora sí introduce mayor diversidad que antes, cuando estaba más confinado en áreas muy concretas.

Por lo que respecta a la autonomía y la eficiencia energética, creemos que a grandes rasgos serían aplicables las conclusiones de los estudios de Pablo Campos, en el sentido de que son menores que las que existían en la dehesa tradicional, habida cuenta de la gran cantidad de insumos de fuera de las fincas (Campos, 1984: 293). Se da

el fenómeno de que mientras por una parte hay una infrautilización de recursos pastables, como ramón, matorral, restos de desmonte, pastos de algunos lugares o agostaderos en los que se quema el rastrojo en comarcas próximas, siendo todos ellos productos no directamente consumibles por los humanos, por otro lado se consumen cantidades crecientes de piensos de fuera.

Un caso paradigmático de la infrautilización de las potencialidades del ecosistema es el de los recursos humanos, pues mientras que hay tareas que no se realizan y dan lugar a pérdida del potencial productivo de la dehesa, existe una gran cantidad de paro entre los trabajadores de los pueblos.

## 5. EL CONOCIMIENTO LOCAL

Al hablar de estado del agroecosistema, uno de los recursos que hay que considerar es el conocimiento local y la relación de las gentes con el medio. En efecto, el conocimiento local, a la vez condición y resultado del proceso productivo, es un elemento central en cualquier estrategia de desarrollo que pretenda basarse en el aprovechamiento de los propios recursos y en la recuperación de la lógica de la dehesa tradicional y su adaptación a las condiciones específicas locales. Este conocimiento, que no era estático, fue en gran parte arrinconado por la crisis de la agricultura y el abandono de las prácticas tradicionales. Igualmente, la aceleración actual del cambio tecnológico y la sobreimposición de los modelos de conocimiento de la ciencia agronómica lo han erosionado y distorsionado. A pesar de ello, el saber local actual o, de manera más precisa, parte de él, se recrea con las innovaciones que hoy en día tienen lugar. Aunque hay procesos de deconstrucción y recreación de algunos aspectos de las nuevas técnicas que se importan, en cualquier caso se da en general una externalización y una dependencia de modelos foráneos.

Con el paso de un modelo de dehesa a otro, el conocimiento minucioso, amplio y reticular de antaño ha sufrido bastante en el trance. Así, ha habido una notable merma en cuanto a la diversidad de campos del saber, con la reducción de los usos, el abandono o dilación de las prácticas tradicionales y la mayor mediatización de la tecnología. El conocimiento se ha hecho más extensivo en cuanto al territorio y a los distintos elementos del medio. Lo mismo podemos decir en cuanto a los portadores de los saberes, ya que con la reducción de la mano de obra y la expulsión al paro o la emigración de muchos trabajadores es bastante menor el número de personas que «saben de campo», concentrándose el conocimiento en un número reduci-

do de propietarios y obreros fijos que probablemente hoy tienen conocimientos sobre ámbitos más diversos que antaño. La desaparición casi total de las cuadrillas de trabajadores en las faenas agrícolas, y de la familia como grupo para el trabajo en el campo, también suponen una quiebra importante en la forma de transmisión del conocimiento, de fijación, creación y recreación de referentes colectivos sobre el medio. Por el contrario, la escuela, que da la espalda a los saberes locales, y los medios de comunicación son una fuente cada vez más importante en la adquisición de conocimientos generales por parte de la población vinculada a la dehesa. Lo mismo sucede respecto a temas relacionados con el medio natural, la mecanización, la comercialización y la gestión de las fincas, lo que abre nuevos campos.

Especialmente relevante es el problema que ha aparecido en la poda, debido a la pérdida de conocimientos y habilidades, pues, al no talar-se apenas con hacha, los saberes de los viejos taladores apenas han podido ser transmitidos a las siguientes generaciones, y cuando se hace necesario se recurre a veces a gente que no sabe realizar las labores correctamente.

En cualquier caso, la erosión del conocimiento sobre el medio a que nos hemos referido, a la vez que una pérdida de información del sistema en términos entrópicos, lo es también de la especificidad y la identidad locales, y tiene gran importancia desde el punto de vista medioambiental porque es un capital y una herramienta interesante para un manejo ecológicamente adecuado de los recursos, ya que nació y se desarrolló a partir de las condiciones específicas del medio, adaptado a ellas, a sus peculiaridades. Era consciente de sus limitaciones y buen conocedor de sus posibilidades, de los valores estratégicos y productivos de cada recurso y de sus posibles combinaciones. No se trataba, como sucede en la agricultura modernizada actual, de una adaptación del medio al manejo, a las directrices de la llamada racionalización industrialista de la agricultura, a los diseños tecnológicos elaborados desde centros distantes y de manera inespecífica.

El conocimiento, no obstante, es preciso contemplarlo a escala de comunidad local, como agregado del conjunto de saberes particulares de los individuos y los grupos, pues existen grandes diferencias según el grupo social, la edad y el género. Así, el conocimiento del medio natural y los procesos de trabajo es considerablemente mayor entre los pequeños y medianos propietarios que en el resto de los grupos sociales, ya que aquéllos poseen tradición familiar, tienen vinculación directa con la tierra y un control y participación en la

secuencia total de los procesos de trabajo. Este conocimiento es más fragmentario entre los antiguos trabajadores fijos, debido a la división de funciones en las explotaciones. Donde tiene el carácter más parcial es entre los jornaleros, que sólo controlan una pequeña secuencia del proceso agropecuario global. Actualmente, en las comunidades donde ha habido mayor presencia campesina es donde se mantiene un más rico acervo de conocimientos. Los obreros-encargados se asemejan bastante a ese tipo de propietarios, mientras que los jornaleros van perdiendo cada vez más sus saberes. Los grandes propietarios, según cual sea su dedicación y su relación con la finca, pueden saber poco del medio o concentrar los conocimientos tanto del saber local como del de los técnicos, uniendo a todo ello las posibles habilidades en la gestión. En este sentido se va abriendo una brecha cada vez mayor entre los grupos sociales desde el punto de vista del conocimiento, pues, al perder relación con el medio a través del trabajo, hay colectivos que van perdiendo también saberes acerca de él, una dimensión más de la descualificación y la dualización social propia del posfordismo.

Abundando en la relación entre ecología, conocimiento y estructura social, que en el caso de la agricultura viene muy dada por la estructura fundiaria, hay que recordar que el latifundismo ha sido históricamente una forma de dominación social basada en el monopolio del empleo de la mano de obra. Ahora bien, habida cuenta de la forma tradicional de explotación de los recursos en la dehesa, basada en los procesos de trabajo precapitalista que subsumía formalmente, los latifundios empleaban una gran cantidad de mano de obra que, así, se relacionaba con el medio. Hoy sigue impidiendo el acceso de la mayoría de las gentes a la apropiación de la naturaleza mediante las relaciones jurídicas de propiedad, pero, además, a través precisamente de la sustitución de mano de obra por tecnología y también mediante un proceso de cerramiento de las explotaciones y de las restricciones cada vez mayores del acceso a ellas, está teniendo como efecto la inhibición de la relación ecológica de la población con el territorio.

Las diferencias son también apreciables respecto al conocimiento local según la edad, ya que las generaciones más jóvenes son desconocedoras de gran parte del saber tradicional sobre el campo y, en buena medida, también del saber actual. La pérdida de términos geográficos locales y de topónimos entre las generaciones más jóvenes no hace más que ejemplificar la simplificación, la pérdida de conocimiento del medio debida al abandono de prácticas tradicionales y al alejamiento de la población de su entorno. Es significativo

que dos actividades que siguen generando información sobre el medio y manteniendo y recreando la toponimia sean actividades de ocio, como la caza y la recolección de espárragos. Respecto al género, las mujeres también son marginadas del conocimiento y son el más claro ejemplo de expulsión del mundo agrario.

Entrando en una consideración más general de esta cuestión, últimamente toda una corriente de investigaciones acerca del conocimiento indígena, campesino o local, según los casos, nos revelan la singularidad y significación de sus características, sus diferencias con la ciencia convencional y su relevancia a la hora de afrontar los problemas ambientales y el ya tan manido concepto de desarrollo sostenible. Por ejemplo, hoy se resaltan bastante las diferencias con el conocimiento científico occidental respecto a las relaciones de causalidad entre fenómenos, a la ausencia a veces de una dimensión analítica del conocimiento indígena, sin que por eso deje de ser ecológicamente eficiente, y la importancia que en este tipo de saber ecológico nativo tiene, por el contrario, el mito, la sacralidad, la estética o la metáfora. No obstante, planteamientos muy recientes son bastante críticos con la consideración del conocimiento indígena, local o campesino como algo esencialmente distinto del científico, pues éste participa de la dimensión experimental, el ensayo y error o la inferencia de relaciones causales, mientras que el conocimiento científico está lleno también de metáforas, emocionalidad y hasta de folklore. Si bien en un primer momento la insistencia en la singularidad del conocimiento indígena habría tenido el mérito de hacerlo visible y reivindicarlo, todo ello habría llevado a una separación esencial entre las dos formas de conocer (Nothnagel, 2001; Ellen et al, 2000). No obstante, atendiendo estas consideraciones y creyendo que en efecto hay gran parte de características que se dan en las dos formas de conocer, consideramos que no se dan en el mismo grado y de la misma forma, que existe una cierta polaridad, y que el saber no se codifica por supuesto de la misma manera. De ahí que sea necesario seguir indagando en las formas precisas de conocer de las diferentes culturas y grupos dentro de ellas y tenga sentido apostar por el pluralismo epistemológico para buscar soluciones a la actual crisis ecológica y a la gestión de los múltiples problemas de esta sociedad definida como del riesgo (Guzmán et al, 2000; Funtowitz y Ravetz, 1993).

En este sentido, Hornborg nos hace ver la importancia de una postura normativa contextualista, frente al desarraigo, la descontextualización o racionalización que se dan en cualquier ámbito de la sociedad actual, sobre las que se asienta el saber científico y la economía.

Así niega la capacidad de sistemas totalizantes como la ciencia y mercado para resolver los problemas de la supervivencia humana, a la vez que aboga por el reconocimiento de los significados locales e implícitos, del saber ecológico tradicional, como componentes básicos de una subsistencia sostenible. Ese saber implícito, esa lógica práctica de la que habla Bourdieu, o código restringido en los términos de Bernstein, es consustancial al conocimiento local de la zona y refiere a características del medio e instrucciones para su manejo que sólo en ese contexto son entendibles, a veces no son identificables en términos de propósito consciente y tienen que ver con la estética o el ritual (Acosta, 2002: 454). El saber tradicional puede codificar así observaciones muy importantes sobre el proceso ecológico, relaciones muy complejas, en términos distintos al lenguaje y la lógica de la ciencia. El recurso a la metáfora, cuya importancia hemos constatado en la zona, tan propio del conocimiento local, tiene un significado crucial porque es «un modo de conocer que incorpora las condiciones mismas del conocimiento», y es capaz de «activar conocimientos prácticos tácitos basados en la experiencia de condiciones locales sumamente específicas» (Hornborg, 2001).

Habida cuenta de la complejidad y especificidad de las relaciones ecosistémicas, quizás la definición de las mejores estrategias para la sustentabilidad sean las que definan los actores locales que practican el manejo de los recursos, tienen una experiencia secular de esas condiciones locales y les va en ello la supervivencia (Hornborg, 2001, Escobar, 2000). Por eso, la pérdida o erosión de todo el conocimiento codificado de múltiples formas y transmitido oralmente y de su praxis en la zona de estudio, con la sustitución por conocimientos y manejos descontextualistas e inespecíficos, son un problema para el agroecosistema de dehesa y su sostenibilidad.

## **6. LOS PROCESOS RECIENTES EN LA DEHESA DESDE UNA PERSPECTIVA GLOBAL**

A escala mundial, la intensificación de las relaciones de producción capitalistas en la agricultura se ha traducido en un cambio profundo en los sistemas agrarios, que han adaptado su dinámica a la del funcionamiento de la economía y la sociedad global. Tiene lugar un proceso de sustitución de mano de obra por capital, tecnificación, especialización, monocultivo y uso intensivo de insumos químicos y de otro tipo provenientes de la agroindustria.

Para nuestro caso, en la dehesa tradicional de la zona existían múltiples técnicas que corregían las limitaciones del medio, articulaban

los distintos usos y espacios y eran un elemento básico, una estrategia de estabilidad de un sistema frágil. El alto coste de estas técnicas en el contexto actual hace que se sustituyan por otras que pueden implicar riesgos ecológicos, o que al no poder realizarse, al no tecnificarse y capitalizarse al ritmo que la economía impone, no se lleven a cabo las tareas, con lo cual falla uno de los resortes básicos de estabilidad del sistema y, como consecuencia, entra en crisis y deviene vulnerable.

La lógica de funcionamiento de la agricultura de la Revolución Verde no se compadece con la del agroecosistema de dehesa tradicional, sobre todo en áreas de montaña. Esa dinámica de intensificación, maximización y especialización tiene serias limitaciones de tipo ecológico en nuestra área, sobre todo por los condicionamientos de suelos y pendiente. Efectos de su aplicación pueden ser problemas ambientales relacionados con la intensificación ganadera, las podas abusivas, el castigo excesivo de las zonas mejores para el cultivo, los desmontes inadecuados, etc. Cuando no es posible su aplicación, tiene como resultado el abandono de las labores y la degradación de los recursos productivos, cual es el caso del descuido de la arboleda, el mal aprovechamiento de los recursos forrajeros, la proliferación del matorral, la falta de labor, la pérdida del majadeo, etc.

La intensificación, la maximización de alguno de los recursos y la especialización que caracterizan al modelo de agricultura y ganadería convencional choca con la diversificación, el uso múltiple, la articulación de espacios y recursos productivos, la optimización y el conocer y sacar partido de las especificidades del medio que eran la base del modelo de dehesa tradicional, dando al traste con su lógica ecológica. La interconexión que antes existía entre los distintos subsistemas dentro de la dehesa, entre los distintos agroecosistemas de la zona y entre éstos y los de territorios próximos se debilitan, o simplemente se rompen. Si comparamos nuestro caso con el de la evolución histórica del territorio de Doñana, los vemos paralelos en cuanto al funcionamiento de los procesos de homogeneización y de lo que Ojeda llama unilateralidad productiva, en contra de los usos simultáneos, y la creación de unidades paisajísticas casi cerradas (Ojeda, 1987: 291).

En efecto, la lógica productiva actual tiende a especializar funcionalmente los distintos territorios, llegando a veces al monocultivo. Así, la dehesa ya no busca la optimización del potencial productivo, la producción sostenida de múltiples recursos, sino que se impone la lógica de la maximización de un producto, el ganado. La dinámica de la economía global es la de la movilización separada de los recur-

sos, desatendiendo la ligazón entre los mismos, tan propia del uso múltiple propio de la dehesa.

La diferenciación espacial y productiva, la intensificación de los flujos de materia y energía se produce de manera diferencial a niveles muy diversos: norte/sur, rural/urbano, sierra/llano, etc. Determinadas zonas, cual es el caso de la nuestra, encuentran serias limitaciones para aplicar el nuevo modelo de desarrollo agrario y devienen marginales. Ahora bien, por sus características ambientales, que son una limitación, pueden resultar interesantes para la sociedad mayor al especializarlas a largo plazo en la producción de naturaleza supuestamente virgen, en detrimento de la actividad productiva y el trabajo para los habitantes de la zona, ya que, de momento, el cuidado de la naturaleza no genera puestos de trabajo en estos pueblos y las actividades agrarias que producen externalidades ambientales positivas no son sobrerremuneradas por estos servicios. A veces no es sólo creación de otredad o alocronía respecto a la naturaleza, sino también respecto a las gentes y su forma de vida, con una dimensión de exotismo de los habitantes de los que se etiquetan y normalizan como espacios naturales protegidos para ser colonias de aquellos que buscan lo que destruyen (Mies, 1993; Heatherington, 2001; Littel, 1999) y necesitan consumir una pérdida y pretendida naturalidad y proxemia.

Actualmente los agroecosistemas de la zona tienen una mayor conexión con el exterior, con otros agroecosistemas, muchos de ellos enclavados en otros continentes, pero se da a través del mercado, sin que haya complementariedades ecológicas entre ellos, sino como partes dependientes de un centro que las maneja como unidades separadas, tratando de maximizar producciones en cada una de ellas a través de la explotación intensiva. Sería puro prejuicio ideológico pensar que hay daño ambiental por el simple hecho de que sea el mercado quien se encargue de conectar estos espacios. Quizás no fuera problema si sólo se tratara de un simple cambio de escalas, de diversas áreas ecológicas, de magnitudes cada vez mayores, que aprovechan su especificidad para producir un determinado bien, mientras que otros lugares hacen lo propio con sus aptitudes y producciones, complementándose entre ellas. La cuestión es que, aun siendo así, no quiere decir que se dé la misma diversidad, sólo que una escala mayor, con menor número de teselas pero de mayor tamaño y del mismo tipo que las anteriormente existentes, cumpliendo a la postre funciones parecidas. La diversidad total, si es que ése fuera un criterio cierto para medir la diversidad y sus efectos, disminuye. Además, aunque económicamente se complementen los territorios, no

se dan entre ellos las interrelaciones y las externalidades ambientales propias de los agroecosistemas campesinos tradicionales con un entramado de diversidades a pequeña escala, desde el interior de los predios al territorio de la comunidad local, la comarca, la región, etc. La solidez del sistema no es la misma si se van tejiendo redes de diversidad y complementariedad desde abajo que si, por el contrario, se conforman vínculos, por potentes y grandes que sean, entre macroespacios monoproductivos de escala planetaria.

En cuanto a la presión sobre los recursos, antaño podía proceder de una gran cantidad de población trabajadora en unas condiciones de vida extremas (3). Los propietarios de fincas habían de velar por la conservación de los recursos, ya que, en el contexto de lo que Naredo (1986:455) denomina una “economía natural” éstos eran su condición reproductiva básica, y la clave de la obtención de beneficios. Actualmente, la población ha disminuido, aunque ha aumentado su nivel de consumo endosomático y exosomático. Existe paro, pero las políticas asistenciales garantizan unas condiciones de vida mínimas que evitan presión social y ecológica. La presión ahora es más externa que interna. Las amenazas al agroecosistema vienen de parte de los que antaño eran los más preocupados por su preservación y reproducción, los propietarios. Se debe todo ello a la presión que la sociedad mayor ejerce sobre ellos, a través del mercado y sus mecanismos, para obtener determinadas materias primas a bajo precio, lo que les hace intensificar la producción e introducir formas de manejo que deterioran los recursos productivos.

Como consecuencia de todo ello el ecosistema se descapitaliza. Las alteraciones ecológicas que tienen lugar en la zona son fruto de la relación desigual entre el mundo urbano desarrollado y unas comunidades rurales marginalizadas que se manifiesta a través de la imposición de una racionalidad mercantil sobre cualquier otra. Los operadores a través de los cuales influye la sociedad mayor serían el mercado, las subvenciones (o la política agraria en general), el marco legal, los medios de comunicación y el sistema educativo. Hay una descapitalización del ecosistema y una disminución de la diversidad y de la estabilidad (Parra, J., 1992: 214-219). Las señales que emite el ecosistema local, el conocimiento y la información acerca del mismo,

---

(3) Aunque seamos conscientes de que cada cultura construye lo que considera necesidades básicas e ideal de buena vida y no podamos juzgar con parámetros actuales lo que son condiciones de vida duras o extremas, hay que tener en cuenta que la comparación de las condiciones de existencia entre los miembros de una misma sociedad sí nos puede permitir evaluar este asunto. En este caso el contraste entre jornaleros y propietarios en la dehesa de los años cincuenta hacía ver a estos últimos su situación como extrema.

quedan cada vez más lejos de los centros reales de decisión sobre el manejo de los recursos, que ahora distan bastante de la zona. A su vez, con la pérdida de la autosuficiencia local hay una pérdida de capacidad homeostática (Rappaport, 1975 y 1979:162). La población tiene una menor relación con el territorio a través de los procesos de trabajo y, por tanto, menor conocimiento e información acerca del mismo, hecho especialmente relevante allá donde prevalecen las grandes fincas.

Pero no podemos terminar este trabajo sin considerar una cuestión fundamental que se da en la zona: la escasa preocupación por las cuestiones relativas al deterioro del medio, excepción hecha del rechazo por parte de la gente al arranque de encinas que se dio hacia los años setenta y a las podas abusivas actuales. En el resto de los casos, los problemas se minimizan o ni siquiera se ven como tales. Aunque las gentes sepan del ambientalismo y puedan compartir algunas de sus causas (como los peligros para el planeta de la excesiva alteración de los ecosistemas y el forzamiento del medio, sobre todo en los grandes problemas de la capa de ozono, el calentamiento, la contaminación, etc.), cuando se desciende a los problemas ambientales concretos de la dehesa, en general no se ven como tales o son minimizados.

Todo ello nos lleva a considerar las distintas teorías sobre el ambientalismo surgidas recientemente tanto en la Antropología como en la Sociología ambiental que, al abordar la cuestión de las culturas o grupos sociales y los problemas ambientales, oscilan entre planteamientos constructivistas y objetivistas. Para los objetivistas, el medio ambiente y los problemas ambientales son realidades objetivas, existentes «ahí fuera», mientras que para los constructivistas son construcciones sociales, tanto en la manera de percibirlos como de conceptualizarlos. Para los primeros podrían existir dos modelos de realidad o entorno, el operativo u objetivo y el percibido (Rappaport, 1975) y lo mismo se puede decir de los problemas ambientales. Para los constructivistas, de la miríada de interacciones entre los humanos y su medio, sólo algunas de ellas se definen como problemas ambientales o riesgo. Esto se da tanto dentro de cada cultura como entre diferentes culturas, con lo cual la actuación sobre problemas ecológicos globales parte de una cuestión crucial y quizás de imposible resolución: la definición en términos transculturales de dichos problemas sin que sea una imposición colonial occidental o de clase (Douglas, 1975; Douglas y Wildavsky, 1983; Milton, 1997; Mairal, 1998; Littel, 1999; Neuman, 1998). Algunos abogan por lo que se puede llamar constructivismo cauto, haciendo ver que si bien la

naturaleza y los problemas ambientales son construcciones culturales, éstas no se hacen desde la absoluta arbitrariedad, sino que parten de una base objetiva y unas condiciones sociales determinadas que pueden explicar la conformación de esas visiones (Dunlap, 1997). Frente a quienes sostienen que el ambientalismo es una ideología occidental, del norte y en cierto modo globalizadora, o un discurso transcultural, otros hacen ver que también hay un ecologismo de los pobres (Martínez Alier, 1992).

El conjunto de cuestiones que acabamos de plantear lo vemos sustanciado en nuestro caso concreto en que los problemas ambientales son definidos por los expertos, los ecologistas, los políticos o, más concretamente, por el antropólogo que los estudia, pertenecientes a grupos sociales y ámbitos de la sociedad determinados, mientras que para las gentes del lugar no son tales, todos o algunos de ellos, o difieren en el diagnóstico de la magnitud del asunto. Estamos, por tanto, ante diferentes definiciones culturales del riesgo entre los actores sociales locales y los expertos y gestores. En efecto, los discursos refieren a posiciones sociales, y así, los propietarios de las fincas y los trabajadores agrícolas participan de una concepción en la que priman sus intereses económicos tangibles, la rentabilidad de las explotaciones o el poder contar con trabajo. Contra estos intereses irían las medidas de protección que evitasen el deterioro derivado de las actividades productivas que permiten la rentabilidad o el trabajo, elementos centrales estos dos últimos en las culturas del trabajo de los empresarios y los trabajadores.

No obstante, hay algunos aspectos interesantes que cabe considerar dentro de este marco tan general, que por ello puede resultar reduccionista. Nos referimos a la posible vinculación del ambientalismo con los conflictos de clase, que aunque de manera más velada o menos existen en una sociedad agraria no integrada, con grandes diferencias sociales, como la que nos ocupa. En efecto, una de las principales críticas de los trabajadores agrícolas, ya sean eventuales o fijos, a la gestión de bastantes grandes fincas es la que se refiere a las podas abusivas de la arboleda, por la dilación en las labores de tala y por hacerla gente, normalmente de fuera, a cambio de la leña. Esto va contra los cánones de poda tradicionales, de los que ellos son depositarios y que podrían llevar a la práctica, recibiendo por ello jornales, máspreciados cuanto que son escasos. Otro aspecto importante es el relativo a algunos cotos de caza en que se están aniquilando especies que no son de interés cinegético, y algunas protegidas, cual es el caso de las rapaces. Estos grandes cotos son de propietarios ajenos a la zona, que no emplean a trabajadores locales y donde se ha abandonado la actividad agrícola y ganadera, además de impedirse de

manera rigurosa el acceso a las fincas a la gente del pueblo, cosa que va contra la idea de comunidad local que accede a su propio territorio, sobre todo para actividades de recolección u ocio. Aquí se está constatando una cierta contestación social, que aduce en parte razones ambientales, pero sólo en parte puesto que se extiende la idea de que como protesta se deberían provocar incendios en las fincas, forma de contestación popular que se ha dado en la zona, y en otros lugares del mundo (Scott, 1985), a lo largo de la historia y que en Puebla del Maestre cuenta con algunas evidencias recientes.

Pero no se puede establecer, ni mucho menos, una correlación entre gran propiedad y degradación ecológica, pues constatamos cómo es entre algunos grandes propietarios donde mayor sensibilidad existe hacia el buen manejo del medio, sobre todo de la arboleda, y se apuesta, por ejemplo, por razas autóctonas. Como vimos, éstos son aspectos que Campos ampara bajo el concepto de autoconsumo ambiental de los propietarios. Por otro lado, tendríamos que en muchas fincas pequeñas es donde mayor problema hay con el renuevo de la arboleda, por la excesiva presión del ganado. Sin embargo, tampoco estamos en condiciones de generalizar y decir que son las pequeñas fincas las menos respetuosas.

No obstante todo lo expuesto, y para terminar, en nuestra área de estudio se ha conservado un patrimonio ecológico importante, aunque hayan sido deteriorados los usos productivos y el agroecosistema se encuentre amenazado por los efectos de la aplicación a la agricultura del modelo descontextualista de la llamada modernización. En resumen, los recursos productivos de la dehesa se han degradado debido, por una parte, a la presión que se ejerce sobre ellos en el contexto de una economía que impele a una excesiva intensificación para conseguir rentabilizar las explotaciones y, por otra, al abandono de muchas prácticas tradicionales motivado por el alto coste de las mismas. El agroecosistema se ha simplificado enormemente. No obstante, esta simplificación ha sido menor que la producida en otros agroecosistemas. La Sierra Morena se convierte en productora de «naturaleza», en una opción para la sociedad de mantener una reserva ecológica de primer orden por sus grandes extensiones forestales y sus sistemas productivos, con un papel importante en la producción y regeneración del aire y el agua, a la vez que es también una opción de biodiversidad.

## BIBLIOGRAFÍA

ACOSTA, R. (2000): «Simplificación y degradación de los recursos productivos en un agroecosistema de dehesa», en G. Guzmán, E. Sevilla y M.

- González de Molina (eds.): *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. pp. 391-410. Mundiprensa, Madrid.
- ACOSTA, R. (2002): *Los entramados de la diversidad. Antropología social de la dehesa*. Diputación Provincial, Badajoz.
- ACOSTA, R.; DÍAZ, A. L. y AMAYA, S. (2001): *Memoria de la tierra, campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía*. 2 vols. Centro de Desarrollo Comarcal de Tentudía, Monesterio.
- ALONSO, L. E. y CONDE, F. (1994): *Historia del consumo en España*. Debate, Madrid.
- CAMPOS, P. (1984): *Economía y energía en la dehesa extremeña*. Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, Madrid.
- CAMPOS, P.; RODRÍGUEZ, Y. y CAPARRÓS, A. (2001): «Towards the dehesa total income accounting: Theory and operative Monfragüe studie cases». en Investigación Agraria: Sistemas y recursos forestales, Monográfico 2001, nº 1. *Forest lands new economic accouting: theories and applications*: pp. 43-67.
- DOUGLAS, M. (1975): *Implicits meanings*. Routledge and Keegan Paul, Londres.
- DOUGLAS, M. y WILDAVSKY, A. (1983): *Risk and culture*. University of California Press, Berkeley.
- DUNLAP, R. E. (1997): «The evolution of environmental sociology: a brief history and assessment of the American experience». En M. Redclift and G. Woodgate (eds.): *The international handbook of environmental sociology*: pp. 21-39. Edward Elgard Publishing, Londres.
- ELLEN, R.; PARKES, P. y BICKER, A. (eds.) (2000). *Indigenous environmental knowledge and its transformations*. Routledge, Londres.
- ESCOBAR, A. (2000). «El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o posdesarrollo?». En E. Lander (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO/UNESCO, Buenos Aires.
- FUNTOWITC, S. y RAVETZ, J. (1993). *Epistemología política. Ciencia con la gente*. CEAL, Buenos Aires.
- GAVIRA, L. (1993): *Segmentación del mercado de trabajo rural y desarrollo: el caso de Andalucía*. MAPA, Madrid.
- GONZÁLEZ DE MOLINA, M. y SEVILLA, E. (1993): «Ecología, Campesinado e Historia. Para una reinterpretación del desarrollo del capitalismo en la agricultura». En E. Sevilla y M. González de Molina (eds.): *Ecología, campesinado e historia*: pp. 23-129. La Piqueta, Madrid.
- GUZMÁN, G.; SEVILLA, E. y GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (eds.) (2000): *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Mundiprensa, Madrid.
- HERNÁNDEZ, C. (coord.) (1988). *La dehesa. Aprovechamiento sostenible de los recursos naturales*. Editorial Agrícola Española, Madrid.
- HEATHERINGTON, T. (2001): «Écology, alterity and resistance in Sardinia». En *Social Anthropology*, 9, 3: pp. 289-306.
- HORNBERG, A. (2001): «La ecología como semiótica. Esbozo de un paradigma contextualista para la ecología humana». En Ph. Descola, y G.

- Pálsson (eds.): *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*: pp. 60-79. Siglo XXI, México.
- INE (2004): [www.ine.es](http://www.ine.es).
- INE (1964): *Primer censo agrario de España. Resultados provinciales*. INE, Madrid.
- LITTLE, P. E. (1999): «Environments and environmentalisms in anthropological research. Facing a new millennium». *Annual Review of Anthropology*, 28: pp. 253-284.
- MAIRAL, G. (1998): *Los conflictos del agua y la construcción del riesgo en Congreso Ibérico sobre gestión y planificación de aguas*. Zaragoza.
- MARTÍNEZ ALIER, J. (1992): *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Icaria, Barcelona.
- MIES, M. (1993): «El dilema del hombre blanco: su búsqueda de lo que ha destruido». En V. Shiva, y M. Mies *Ecofeminismo. Teoría, crítica y perspectivas*, pp. 197-238. Icaria, Barcelona.
- MILTON, K. (1997): «Ecologías: antropología, cultura y entorno». *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 154: pp. 86-115.
- MONTERO, G.; SAN MIGUEL, A. y CAÑELLAS, I. (1998): «Sistemas de selvicultura mediterránea. La dehesa». En Jiménez, R. y Lamo de Espinosa, J. (coordinadores) *Agricultura sostenible*: pp. 519-574. Mundiprensa, Madrid.
- NAREDO, J. M. (1986): «La agricultura española en el desarrollo económico». En R. Garrabou *et al.*: *Historia Agraria de la España contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960)*: pp. 455-498. Crítica, Barcelona.
- NEUMANN, R. P. (1998): «Impossing wilderness: struggles over livelihood and nature preservation in Africa». *California Studies in Critical Human Geography*, 4. University of California Press, Berkeley.
- NOTHNAGEL, D. (2001): «La reproducción de la naturaleza en la física actual de alta energía». En Ph. Descola y G. Pálsson (coord.): *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*: pp. 295-315. Siglo XXI, México.
- OJEDA, J. F. (1987): *Organización del territorio en Doñana y su entorno próximo (Almonte). Siglos XVII-XX*. Ministerio de Agricultura-ICONA, Madrid.
- PARRA, J. (1992): *Estudio agroecológico de El Real de la Jara. Proyecto Fin de Carrera*. ISEC-ETSIAM. Universidad de Córdoba, Córdoba.
- PÉREZ, A. (1988). *Cambios y problemática de la dehesa*. Universidad de Extremadura, Badajoz.
- PORRAS, C.; MARTÍNEZ, R. y FERNÁNDEZ, A. (1997). *Sistemas agrarios tradicionales de dehesa en las comarcas de la Sierra y los Andévalos de Huelva*. Junta de Andalucía, Sevilla.
- RAPPAPORT, R. (1975): «Naturaleza, cultura y antropología ecológica». En H. L. Shapiro (ed.): *Hombre, cultura y sociedad*: pp. 261-292. Fondo de Cultura Económica, México.
- SAN MIGUEL, A. (1994): *La dehesa española. Origen, tipología, características y gestión*. Fundación Conde del Valle de Salazar, Madrid.
- SCOTT, J. (1985): *Weapons of the weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. Yale University Press, Massachusetts.

VALLE, B. (1997): «La dehesa como elemento del paisaje ibérico: Su significado ecológico, histórico y agrario». En J. P. Gabriele y A. Bianchini (editores) *Perspectivas sobre la cultura hispánica*. Universidad de Córdoba: pp. 421-434.

## RESUMEN

### Medio ambiente, grupos sociales y conocimiento local en la dehesa. Un caso de estudio en la Sierra Morena extremeña

Los cambios en las estrategias económicas, modelos de gestión y usos productivos en la dehesa han dado lugar a efectos dispares por lo que respecta al estado de los recursos naturales. Los límites a la lógica de intensificación y tecnificación en un agroecosistema con fuertes constricciones naturales y socioeconómicas han llevado a una dejación de labores que pueden tener efectos degradantes sobre los recursos naturales y a una cierta reversión a estados de mayor madurez del ecosistema. Esto se presta al proceso de construcción de la naturaleza, de «naturalización» en las zonas marginales, que se da en las sociedades contemporáneas. Por otra parte, esos mismos hechos pueden interpretarse como degradación de los recursos productivos. No obstante, la gente de la zona no percibe como problemas ambientales la mayoría de los fenómenos definidos como tales por los especialistas. La especialización espacial y el desarrollo territorial desigual también tienen su plasmación en la dehesa. Finalmente, una de las principales consecuencias del proceso de cambio ha sido el fuerte deterioro del conocimiento local.

**PALABRAS CLAVE:** Dehesa, antropología ambiental, degradación de agroecosistemas tradicionales, conocimiento local.

## SUMMARY

### Environment, social groups and local knowledge in the dehesa. A case study in the extremadurian Sierra Morena

The changes in the economic strategies, management models and productive uses in the dehesa have caused very different effects regarding the state of the natural resources. The limits to the norm of intensification and use of technology in an agricultural ecosystem with strong socio-economic and natural restrictions have had as a consequence the end of a series of tasks that can have degrading effects on the natural resources and a possible change to more mature states within the ecosystem. This fact takes into account the nature building process, of «naturalization» in marginal zones, that can be found in contemporary societies. On the other hand, those same facts can be interpreted as a degradation of the productive resources. However, the social actors do not perceive as environmental problems the majority of phenomena defined as such by the specialists. The spatial specialization processes and territorial uneven development can also be observed in the dehesa. Finally, one of the main consequences of the changing process has been the strong deterioration of local knowledge.

**KEYWORDS:** Dehesa, environmental anthropology, traditional agroecosystems degradation, local knowledge.